(0).50



LEGADO DEL MORO



DIBUJOS DE RAMON BATLLE

0

EDITORIAL TOR

Soc. de Resp. Lda. - Capital \$ 2.000.000

Río de Janeiro 760 — Buenos Aires



LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

I - Pinocho en el tentro de titeres 2 - Blancanieves y los 7 enanitos 3 - Los principes encantados

4 - La bella durmiente del bosque 5 - Juanfuerte

6 - Piel de asne

7 - La princesa y el erizo 6 - Alí Babá y los 40 ladrones 9 - La inocente mensajera

10 - Pinocho en campo de milagres 11 - El pájaro verde 12 - Pulgarcito

13 - Los maestros cantores 14 - El rey del rio de Oro 15 - Caperucita Roja

16 - Les tres princessa 17 - El triunfo del zorre 18 - Pinocho en la isla de las abejas

19 - La princesa picarona

20 - Simbad el marina 21 - Canción de Navidad

22 - Un viaje maravillese 23 - El niño que se velvió hormiga 24 - El enane Zacarias

25 - Pinocho en gruta del monetano

26 - El legado del moro 27 - El gato con botas 28 - El hada de Granville

29 - De los Apeninos a los Andes 30 - Meñique

31 - El rey Cuervo 32 - Almendrita

33 - Pinocho en el país de juguete. 34 - El niño perdido

85 - Robin Hood 86 - La isla encantada

37 - Pif Paf 38 - La carga liviana 39 - La alfombra mágica

40 - El pájaro que reis 41 - La Cenicienta

42 - Aventuras del ray Beder 48 - El muchacho y la fortuna, Fá-

bulas de Samantego 44 - Pinocho en el fonde del mar

45 - Gulliver en el país de enancs

46 - La bella Dorigen

47 - Les salamandres agules 48 - Los sueces maravillosos

49 - Las tres hermanas 50 - Fábulas de Iriarte 51 - El niño raptado

52 - Barba Agul

53 - Tanino el hormiguerino 54 - Gulliver en el país de gigantes 55 - El tejedor de Segovia

56 - El principe Cododas 57 - La amiguita de los païseres

58 - La señorita Scuderi 59 - Fábulas de Esopo

80 - Constancia

61 - Nicolasón y Nicolasía 62 - Los rosales de la reina 63 - El enfermero del Chache

64 - Grisélidis

65 - Alicia en el país de maravillas 66 - Aladina 67 - Genoveva de Brabanto

68 - La Sirenita

60 - Peter Pan 70 - El matito feo

71 - Hombre que vendié su sombre

72 - Los tres pelos del diablo 73 - Hansel y Gretel 74 - La flor del pantano 75 - El buque fantasma 76 - La camara del tesoro

77 - La desobediencia 78 - El tarro de aceitanse 79 - El mensajero de la corona

80 - La camisa del hombre fella 81 - La verdad sospechosa

82 - La graciosa Emelia 83 - El muchacho afortunado 84 - La novia elegida 85 - Las dos estatuas 86 - La botella encantada

87 - El mercader de Venecia 88 - La obligación

89 - El favorite ingeniese 90 - Los dos ruisefiores

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA

EL LEGADO DEL MORO



El aguatero Patizambo



N la ciudad española de Granada, que fuera una de las más populosas del reino moro, se levanta el palacio de celebridad universal conocido por la Alhambra y considerado como una de las modernas maravillas del mundo.

Dentro de la fortaleza de ésta que fué mansión le los reyes musulmanes y frente a los pabellones destinados a la residencia real, hay una ancha explanada conocida por la Plaza de los Aljibes.

En una de las esquinas de la mencionada plaza hay un pozo hecho a gran profundidad en la roca viva, pozo que todos tienen en gran estima, porque el agua que contiene es fría como la nieve de las cumbres y pura como el cristal.

Entre los aguateres que iban a proveerse en el famoso aljibe, había una vez uno de pequeña estatura y patizambo, pero robusto de cuerpo. Se llamaba Pedro Gil, pero a la gente le resultaba más fácil y más gracioso apodarlo Perejil, cosa que al aludido no le molestaba. Como casi todos

los aguateros de Granada, era gallego.

Perejil había empezado tan modestamente como el que más. Con sus mezquinos ahorros, se compró un cántaro, y con este único recipiente, vendo y viniendo de la Alhambra a Granada y de Granada a la Alhambra, fué juntando el primer capitamo. Gradualmente, fué subiendo en jerarquía social y pudo darse el lujo de tener un ayudante tan fuerte, robusto y resistente como él: un burrito manso y lanudo que comía cualquier cosa y trabajaba como lo que era: como un burro. En ambos lados del lomo de este orejudo colaborador. Perejil colocaba sus cántaros de barro cocido. que tapaba con hojas de higuera para preservarlos de los rayos del sol, con lo que servía a cualquier hora un agua tan fresca que daba gusto beberla por poca sed que se tuviera.

Y cuando servía un vaso de su agua fresca y cristalina, lo acompañaba con una frase que hacía sonreír al cliente. De ahí que Perejil, el gallego, fuera conocido en toda Granada como uno de los

hombres más felices y agradables.

II

La mujer de Perejil

A pesar de su aire jovial, no le faltaban al bueno de Perejil sus sinsabores. Tenía que mantener a una numerosa familia compuesta de varias criaturas famélicas, mal vestidas y chillonas que todas las noches, al regresar él a su casa, lo asaltaban, diciéndole a gritos que querían comer.



Tenía también una esposa que le servía de todo menos de ayuda, que era precisamente lo que más necesitaba el bueno de Perejil. Antes de casarse había sido una linda muchacha del pueblo, notable por su gracia en bailar el bolero y tocar las castañuelas. Llegó con su desfachatez y mala cabeza hasta a servirse del burrito para irse a divertir al campo los domingos y fiestas de guardar, que en España abundan. Además de esas poco recomendables cualidades, tenía la de ser haragana, y, por sobre todas las cosas, una chismosa de primera.

Perejil, que no dejaba de ver lo mal que atendía su mujer a sus obligaciones, llevaba la pesada carga del matrimonio tan mansamente como su burro la de los cántaros. Y aunque, como éste, a

veces se ponta a cavilar, preocupado por su desgracia, nunca se atrevió a poner en duda las bue-

nas intenciones de su descuidada esposa.

El mayor placer del bueno de Perejil cuando podía permitirse el lujo de pasar un día de fiesta gracias al ahorro de un puñado de monedas, era juntar a su chiquilinada, y unos en brazos, otros pisándole los talones, llevárselos a correr por los campos y las huertas de las pintorescas afueras de Granada.

Mientras tanto, su mujer bailaba con amigotes an las orillas del río Daro

Ш

El moro solitario

Una noche, a hora avanzada, cuando todos los aguateros habían abandonado su trabajo, a Pere-

jil le ocurrió un extraño suceso.

El día había sido de los más calurosos de la temporada, y estaba haciendo una de esas deliciosas noches de luna que tientan a los habitantes de las poblaciones densas a salir a tomar aire gozando de la suave brisa hasta después de la medianoche.

Debido a esta circunstancia, todavía había consumidores de agua fresca por la calle. Y Perejil, que deseaba aprovechar todas las ocasiones para aumentar las escasas entradas, se dijo, pensando en sus hambrientos hijos:

-Haré otro viaje al pozo, para ganarles la fies-

la del domingo a les pequeñes.

Y, esto diciendo, subió valientemente la empinada alameda de la Alhambra.

Cuando llegó a destino vió que en la Plaza de



Varias criaturas famélicas...

los Aljibes no había nadie. Es decir, alguien había, sí. Se veía a un extranjero vestido a la usanza mora que permanecía sentado en uno de los bancos de piedra que allí ofrecían descanso. Se destacaba nítidamente su figura a la clara luz lunar.

El aguatero se quedó parado mirando al raro extranjero con un poco de sorpresa y un mucho de miedo.

El moro, por lo visto, reparó en él, pues le hizo seña para que se aproximara. Así lo hizo el bueno de Perejil. Y entonces el extraño sujeto le dijo:

-Estoy enfermo y me siento extenuado. Si me ayudas a volver a la ciudad, te pagaré el doble de lo que pudieras ganar con tu carga de agua fresca.

El aguatero, que tenía un corazón tierno, se conmovió al oír las palabras del extranjero, y le dijo:

-No permita Dios que acepte dinero por una

obra de caridad.

Y, pasando de las palabras a los hechos, ayudó al moro a montar en su burro y emprendió lentamente el camino hacia Granada.

Por fin llegaron a la ciudad. Y preguntó Pere-

jil a su extraño pasajero:

- Donde queréis que os conduzca, abuelo?

—¡Pobre de mí! —contestó el moro—. Soy un desconocido en esta tierra, y, por lo tanto, no tengo casa ni hogar. ¡No me dejarías descansar esta noche bajo tu techo? Si consientes, serás ampliamente recompensado.

-Y, bueno -contestó el gallego bonachón.

Y así fué como se encontró con la inesperada carga de un huésped infiel rumbo a su casa.

Los chicos que, como de costumbre, habían salido

al oír las pisadas del burro, se volvieron a meter dentro de la casa, asustados al ver al viejo con turbante, y se fueron a esconder detrás de su madre. Esta, al saber de lo que se trataba, fué al encuentro del recién llegado, delante de su cría, como una gallina enfurecida cuando se le aproxima un vagabundo. Y le dijo a su esposo, a grito pelado:

— Qué hereje es ése con que te vienes a casa a semejantes horas de la noche? Quieres atraer sobre nosotros las miradas de la inquisición?

—Tranquilízate, mujer —le contestó el gallego —. Es un pobre extranjero que no tiene hogar ni amigos. Creo que no pretenderás que lo dejemos

morir en mitad de



Le servia de todo menos de ayuda. Luego extendió para él una estera y una piel de carnero en la parte más fresca de la habitación: era el único lecho que su pobreza le permitía ofrecer.

El moro se acostó y al rato se vió acometido por violentas convulsiones contra las que fueron inútiles los conocimientos médicos del humilde aguatero. Los ojos del enfermo expresaban su agradecimiento, y en una tregua del ataque, llamó a su lado a Perejil y le dijo en voz baja:

-Me parece que voy a morir. Si así ocurre, te

lego esta caja en pago de tu auxilio.

Abrić su albornoz y le mostró un cofrecito de sándalo que llevaba atado al cuerpo con unas correas.

—Dios quiera —le dijo el gallego— que viváis muchos años para disfrutar de vuestro tesoro, por

valioso o modesto que sea.

En eso inclinó el moro la cabeza, puso la mano sobre la caja, y al interior decir algo más sobre ella, le volvieron los dolores con renovada violencia y expiró.

IV

El peluquero chismoso

Cuando hubo muerto el extraño personaje, la mujer del aguatero se puso hecha una furia.

Aunque sabía que había realizado una buena acción, el pobre Perejil no las tenía todas consigo. Tan no las tenía, que estaba casi arrepentido de haber ayudado al pobre viejo. Pero finalmente se le ocurrió una idea. Y le dijo a su mujer:

-Como todavía es de noche, puedo llevar el

cadáver fuera de la ciudad y enterrarlo en las arenas del río Genil. Puesto que nadie vió entrar al moro en casa, nadie tampoco se enterará de su muerte.

A la mujer no le pareció mal, y lo ayudó en la macabra tarea. Envolvieron el cuerpo del infortunado árabe en la estera que le había servido de cama, lo cargaron sobre el burro, y Perejil lo llevó a las riberas del río.

Pero la cosa no les fué tan bien como esperaban. Frente al aguatero vivía un peluquero llamado Pedro Pedrugo, que tenía fama de ser uno de los más chismosos rapabarbas del barrio. Era un sinvergüenza, con cara de comadreja y patas de araña, de lo más meterete y mal pensado.

Es, pues, natural, que ese intrigante oyera lle-



Ayudó al moro a montar en su burra.

gar a Perejil a altas horas de la noche, así como los gritos despavoridos de sus hijos y las protestas de su mujer. Ni corto ni perezoso, saltó de la cama, y, asomando la cabeza por una ventanita que le servía de observatorio, vió al aguatero entrar en su casa llevando sobre el burro a un hombre vestido con traje moro. Aquello era tan fuera de lo común, que Pedro Pedrugo no pudo pegar los ejos en toda la noche. Cada cinco minutos se asomaba a la ventana para ver la luz que se filtraba por las rendijas de la puerta de su vecino. Así fué como, antes de romper el día, vió salir a Perejil conduciendo al burro cargado con un bulto sospechoso.

V

La calumnia

Mordido por la impaciencia, el peluquero se vistió en un abrir y cerrar de ojos y salió a la calle sin hacer ruido. A lo lejos vió al aguatero con su extraña carga y lo siguió a prudente distancia. Y lo vió detenerse en la ribera del Genil, cavar una fosa y enterrar algo que tenía la apariencia de un cadáver humano.

El malvado no necesitaba saber más. Se metió de nuevo en su casa y empezó a revolver todo lo que había en el salón, poniéndolo al revés, hasta que salió el sol. Entonces tomó sus útiles de trabajo y se fué a la casa del alcalde, que era su

cliente de todos los días.

El funcionario municipal hacía poco que se había levantado. Pedro Pedrugo lo sentó en una silla, le puso una toalla alrededor del cuello y con el agua enjabonada, le empezó a ablandar la barba sirviéndose de los dedos, según costumbre de aquella época. Inmediatamente empezó a charlar, como hacen todos los peluqueros.

—¡Hay que ver las cosas que pasan! —dijo con aire entre asombrado y misterioso—. Casi nada, señor alcalde; ¡robo, asesinato y entierro de la

víctima; todo en una misma noche!

— Eh! ¡Cómo! ¡Qué estás diciendo? — exclamó el alto funcionario, al cual no se le habían puesto los pelos de punta porque era calvo.

—Digo —insistió el peluquero— que el gallego Perejil ha robado y asesinado a un viejo musul-

mán y lo ha enterrado tranquilamente.

-Pero, ¿cómo te has enterado?

—Tenga paciencia, señor, que lo sabrá todo le contestó Pedrugo, mientras le tomaba la nariz para pasarle la navaja sobre el labio superior.

Y le contó lo que había visto.

Como el alcalde que en aquella época tenía Gra-



Asomando lo cabeza or una ventanita...

nada era uno de los más tiranos a la vez que de los más sobornables y ambiciosos que había, no dudó que el caso en cuestión era un robo con asesinato,

y que debía haber un rico despojo,

Llamó a su presencia al alguacil de su mayor confianza y le ordenó el arresto del presunto asesino. Y tal fué la diligencia y olfato de aquél, que dió caza al pobre Perejil antes de que éste regresara a su casa, y los llevó a él y a su burro ante el representante de la justicia.

El alcalde dirigió al aguatero una feroz mirada y rugió con voz de trueno que hizo temblar al

infeliz.

-No intentes negar tu delito, pues lo sé todo. La horca es el castigo que merece el crimen que has cometido; pero tengo buen corazón y estoy dispuesto a llegar a un arreglo. Si me entregas lo que has robado, le echaré tierra al asunto.

El desdichado gallego puso por testigos de su inocencia a todos los santos del cielo. Contó la historia completa del árabe moribundo, sin apartarse de la verdad; pero todo fué en vano, comple-

tamente en vano.

- Cómo te atreves a sostener - le decía el alcalde- que ese mahometano no tenía oro ni joyas que tentaran tu codicia?

-Le juro a usía -replicaba el aguatero- que no llevaba encima otra cosa que una cajita de sándalo, que me legó en atención a los servicios que le presté.

- Y dónde está esa caja? - preguntó el juez, mientras le brillaban los ojos como si ya estuviera viendo preciosas joyas ... ¿Dónde la has escondido?



-Está en una de las agarraderas de mi burre

y enteramente a disposición de usía.

Apenas hubo dado este informe, el alguacil sa lió corriendo y regresó con el cofrecito de sándalo que puso en manos del alcalde. Este lo abrió con trémula mano y los presentes se adelantaron para contemplar el tesoro que se imaginaban contenía. Pero, con gran desencanto de todos, no apareció otra cosa que un rollo de pergamino que tenía trazadas escrituras árabes, y un vulgar cabo de vela.

Convencido el alcalde de la inocencia del buen hombre, le levantó la pena de arresto y hasta la permitió que se llevase el legado del moro, o sea, al cofrecito de sándalo y su pobre contenido; pero



—La horca es el castigo que merece el crimen que ho



cometido, pero tengo buen corazón y estoy dispuesto...

se quedo con el burro para responder al pago de derechos y costas.

VI

El legado

Y aquí tenemos al infortunado Perejil reducido nuevamente a la condición de aguatero paupérrimo, por lo que tenía que llevar el agua a cuestas.

Cuando en las calurosas tardes de verano subía la alameda que lo conducía a la Alhambra, echaudo a un lado su habitual buen humor decía:

Maldito alcalde! Miren que robarle a un pobre padre de familia el pan de sus hijos, privándolo a la vez del mejor amigo que tenía en el mundo!...

No hubo mortal más afligido en cuerpo y alma que el desdichado Perejil. Sin embargo, soportaba con santa resignación las injurias de su esposa. Hasta que una noche en que esta, como de costumbre, se burlaba de él, perdió la paciencia, y aunque no se atrevió a replicarle, se fijó en el cofrecito de sándalo que estaba en el estante de la cocina con la tapa medio abierta, como riéndose con mofa de su rabia, y, agarrándole, lo tiró con furia contra el suelo, mientras decía:

- Maldito sea el día en que te vi por primera

vez y en que recibí a tu dueño bajo mi techo!

Al chocar la caja contra el suelo, la tapa se abrió del todo y el pergamino rodó sobre las losas del viejo piso.

Perejil se sentó y se quedó mirando el rollo aquel durante largo tiempo sin decir esta boca es mia, pero con visible mal humor. Cuando volvió la



Se quedó con el burro, para responder...

serenidad a su espíritu, empezó a coordinar sus ideas y se dijo:

—A lo mejor este escrito es de importancia. Y lo será, puesto que el moro lo llevaba con tanto

cuidado.

Levantó el pergamino, lo guardó en su pecho, y a la mañana siguiente, mientras iba pregonando el agua por las calles, se detuvo en el comercio de un moro de Tánger, que vendía chucherías y per-

rumes, y le pidió que le explicara el significado de aquellos signos arábigos.

El moro, después de leer atentamente el rollo,

sonrió y dijo:

-Se trata de una fórmula de encantamiento para recobrar un fesoro escondido que permanece bajo el poder de un hechizo. Dice que tiene la virtud tan extraordinaria, que los cerrojos más complicados y las rejas más fuertes se abrirán ante

-Poco puede importarme todo eso -exclamó el gallego, puesto que no soy ningún brujo y no

sé nada de tesoros escondidos.

Después de decir esto, se echó a la espalda el cántaro de agua y siguió su camine, habiendo dejado el rollo en manos del moro mercader.

VII

En busca del tesoro

Aquella misma tarde, cuando al oscurecer descansaba junto al pozo de la Alhambra, escuchó Perejil la conversación de unos cuantos charlatanes que relataban cuentos y leyendas maravillosas, complaciéndose, como suelen hacer los pobres, en el tema de las riquezas encantadas.

Lo que estaba escuchando hizo una extraordinaria impresión en el espíritu de Perejil. Y cuando, ya de noche cerrada, bajaba a solas las oscu-

ras alamedas, se decía:

- Estaría bueno que existiera un tesoro escondido bajo esa torre y que el pergamino del moro sirviera para encontrarlo!

Aquella noche no hizo más que dar vueltas en



Tenía que llevar el agua a cuestas

na cama, y apenas apuntó el día se encaminó alegremente al comercio del moro y lo hizo partícipe

de sus pensamientos.

—No hay que apresurarse —replicó el mahometano—. No basta con recitar lo que aquí está escrito. Debe ser leído a medianoche a la luz de una vela especialmente preparada, cuyos ingredientes no están a mi alcance.

-Yo tengo esa vela -dijo el gallego-, y la

traeré en seguida.

Salió a la calle y echó a correr hacia su casa, regresando poco después con el cabo de cera amarilla que había encontrado en la caja de sándalo.

El moro olió aquel pedazo de vela y dijo muy

seriamente:

—Açuí hay muy ricos y raros perfumes combinados con la cera. Esta es, sin duda, la vela de que habla el pergamino. Mientras esté encendida, se derrumbarán las paredes más fuertes y se abrirán las cavernas más escondidas; pero, ¡desdichado del que quede dentro cuando se apague, pues permanecerá encantado con el tesoro!

VIII

El sótano encantado

El aguatero y el moro decidieron ensayar el encanto aquella misma noche. A hora muy avanzada subieron la colina de la Alhambra y se acercaron a la Torre de los Siete Suelos. A la luz de un farol que llevaban, buscaron el camino entre piedras y matorrales, hasta llegar a la puerta de una bóveda subterránea. Aunque temblaban de

miedo, hicieron de tripas corazón y descendieron un tramo de escalera cortada en la misma roca. la cual conducía a una habitación desmantelada. húmeda v lóbrega. Allí bajaron otros escalones que llevaban a distintos sótanos construídos unos sobre otros. Al llegar al cuarto, notaron que el piso era firme, y aunque, según la tradición, había otros tres sótanos debajo, se sabía que era imposible ir más allá, pues los restantes estaban cerrados por arte de encantamiento. Encendieron entonces el cabo de vela, que difundió un rico perfume de mirra, incienso y estoraque. El moro leyó apresuradamente y con voz bastante insegura lo contenido en el pergamino, y apenas hubo terminado de pronunciar la última palabra, tembló la tierra, se abrió el piso y dejó ver un tramo de escalones. Los dos intrusos descendieron llenos de espanto, y se encontraron en otro sótano cubierto de inscripciones en arábigo, en mitad del



Le pidió que le explicara el significado...

por siete barras de acero y guardado por un moro a cada lado. Estos llevaban una vistosa armadura y permanecían inmóviles como estatuas, pues estaban dominados por el poder del encantamiento. Su aspecto, sin embargo, era impresionante. Junto al cofre había ánforas de oro, plata y piedras preciosas, así como otros objetos valiosos.

El musulmán y el gallego introdujeron en la más grande sus brazos hasta el codo, sacando puñados de grandes monedas de oro, pulseras y joyas valiosas y algún que otro collar de perlas

orientales.

En eso, presos del pánico que les produjo un ruido imaginario, echaron a correr escaleras arriba. Al llegar al sótano superior, chocaron entre sí y dejaron caer el cabo de vela, que se apagó. Inmediatamente, el piso volvió a cerrarse con terrible estruendo. El mágico poder de la llama había terminado.

IX

La confidencia

Dominados por el miedo, los dos intrusos no descansaron hasta encontrarse fuera de la torre. Entonces se sentaron sobre el pasto, se repartieron el botín y decidieron volver otra noche y limpiar las ánforas hasta el fondo. Y para asegurarse uno y otro de su buena fe, se dividieron los talismanes, quedándose uno con el pergamino y el otro con el cabo de vela.

Mientras descendían la alameda de la Alham-



bra, el moro le dijo a su socio:

—Nos conviene guardar el más absoluto secreto hasta que tengamos todo el tesoro en lugar bien seguro. Ten en cuenta que si el alcalde llega a enterarse, estamos perdidos. Tú eres un hombre serio y capaz de guardar un secreto, pero tu mujer...

-Ella no tiene por qué enterarse -replicó enér-

gicamente el aguatero.

-Está bien -dijo el musulmán-. Cuento con tu discreción.

Y se separaron, dirigiéndose cada cual a su casa.

Pocos son los hombres que pueden guardarle un secreto a su mujer, y menos si, como Perejil. son cariñosos y afables. Para colmo, al llegar a su casa, encontró a su esposa llorando en un rincón.

—¡Alabado sea Dios! —le grito, apenas hubo entrado—. ¡Al fin te acordaste de volver a tu casa, después de vagar por esas calles quién sabe con quién! ¡Y menos mal que no traes como huésped a otro moro!

Y reanudó el llanto con más desesperación que

antes.

El bueno de Perejil se conmovió tanto, que no pudo por menos que echarse a llorar también. Y metiendo la mano en uno de sus repletos bolsillos, pescó tres o cuatro monedas de oro y se las entregó a su mujer.

- Que la Virgen nes ampare! - exclamó la mujer - . Qué es lo que has hecho? Me imagino que

no habrás robado y asesinado a alguien...

Sus propias palabras la convencieron de que la procedencia de aquel tesoro no podía tener biro origen, y cayó presa de un violento ataque do nervios.

Para calmarla, el pobre gallego no encontró otro remedio que relatarle la historia de su buena suerte, cosa que no hizo hasta conseguir la solembe promesa de que guardaría el secreto aunque la mataran.

Es imposible describir la alegría de la mujer. Echó los brazos al cuello de su marido y casi lo

ahogó a fuerza de caricias y besos.

—Y ahora, ¿qué me dices del legado del moro? —exclamó el aguatero—. Espero que en lo sucesivo ya no me insultarás por haber auxiliado a un semejante en trance de muerte.

En poder de la justicia

Perejil se acostó y durmió como un bendito. No así su mujer, que se había quedado con los nervios de punta al saberse poseedora de una enor-

me riqueza.

A la mañana siguiente, el gallego tomó una de las monedas de oro y se fué a una joyería para venderla, diciendo que la había encontrado en una de las ruínas de la Alhambra. El joyero vió que se trataba de una pieza del oro más puro, a pesar de lo cual ofreció sólo una tercera parte de su valor, con lo que el aguatero creyó haber realizado un magnífico negocio. Compró ropa y toda clase de juguetes para sus chicos y abundantes provisiones para una buena cena, y, volviendo a su casa, hizo bailar a todos los hijos a su alrededor, mientras él daba volteretas como un payaso.



Y a tanto llegó su vanidad...

La mujer, haciendo un verdadero sacrificio, cumplió su promesa de guardar el secreto. Sin embargo, cuando estaba en compañía de sus comadres, no podía menos de darse cierto aire de importancia, disculpándose por los andrajos que llevaba y hablando de encargarse ricos vestidos y alhajas.

Pero si la consorte de Perejil se reprimía a duras penas fuera de su casa, cuando se veía sola entre las cuatro paredes del hogar, se desquitaba poniéndose al cuello una sarta de ricas perlas; en las muñecas, valiosas pulseras de oro, y en la cabeza una reluciente cresta de diamantes, con todo lo cual se paseaba por la pieza de arriba abajo contemplándose delante de un espejo roto. Y a tanto llegó su vanidad, que no pudo resistir a la tentación de asomarse una vez a la ventana para ver el efecto que producían sus adornos entre los transeúntes.

Y quiso su mala suerte que Pedro Pedrugo, el chismoso peluquero de la vecindad, estuviera en ese momento sentado a la puerta de su salón. En cuanto vió aquel tesoro, salió a escape para dar cuenta al alcalde. Inmediatamente el alguacil se puso de nuevo sobre la pista, y antes de que anocheciera, el infeliz aguatero era llevado por segunda vez ante la justicia.

—¿ Cómo explicas eso, miserable? —le gritó, furioso, el alcalde—. Me dijiste que el moro que murió en tu casa no había dejado más que un cofre vacío, y ahora resulta que tu mujer se pavonea luciendo perlas y diamantes... Ya te puedes preparar a devolver los despojos de tu víctima y a marchar a la horca, que está cansada de esperarte.

Temblando de miedo. el aguatero cayó de rodi-



Era llevado por segunda vez ante la justicia.

llas, y contó, con toda clase de pelos y señales, cómo había hecho para obtener aquellas riquezas.

El alcalde despachó al alguacil con orden de traer al moro que había acompañado al gallego, y media hora más tarde entraba el musulmán, tan muerto

de terror como el aguatero.

La declaración de éste coincidió con la de Parejil; pero el alcalde fingió no creerles, y les amanazó con meterlos en la cárcel mientras hacía averiguaciones.

—No se apresure, señor alcalde. Nadic sabe nada del tesoro más que los aquí presentes. Si guardamos el secreto, pueden ser nuestras las riquezas, que alcanzan y sobran para hacernos a todos potentados. En cambio, si nos encierra y nos manda a la horca, el sótano encantado quedará cerrado para siempre.

El alcalde consultó aparte con el alguacil, y éste, que era un gran camandulero, le contestó:

—Prométales todo lo que quieran hasta que se apoderen de las riquezas. Después se las puede quedar todas para usted. Y si el moro y su complice se atreven a rezongar, los amenaza con la hoguera, por infieles y brujos.

Le pareció muy atinado el consejo al alcalde, y, dulcificando el gesto y la voz, se dirigió al mu-

sulmán y le dijo:

Lo que has contado puede ser verdad, pero necesito verlo con mis propios ojos. Por lo tanto, esta misma noche iremos todos a la cueva a ver qué pasa.

XI

El castigo

Accedieron gustosos el moro y el gallego, y cerca de la medianoche salió secretamente el alcalde en compañía del alguacil y el peluquero, llevando como detenidos al musulmán y a Perejil. También iba con ellos el burro que el primero le había quitado a este último, para cargar sobre él las ri-

quezas.

Una vez adentro, sacaron el pergamino, encendieron el cabo de vela y el moro leyó las palabras del encantamiento. La tierra tembló como la primera vez y se abrió el piso, dejando al descubierto la escalera. El alcalde, el alguacil y el peluquero retrocedieron asustados y no se animaron a bajar, pero el moro y el aguatero penetraron sin miedo, tomaron dos de los jarrones grandes, llenos de monedas de oro y piedras preciosas, y cuando los suspendieron en las alforjas del burro, comprendiendo que era cuanto el animal podía llevar, dijo el musulmán:

Por ahora tenemos bastante. Hemos sacado cuanto podemos acarrear sin llamar la atención y lo suficiente para hacernos a todos tan ricos co-

mo jamás hubiéramos soñado.



El moro leyó las palabras...

—Pero, ¡todavía queda algo más? —preguntó el alcalde.

—Queda lo de mayor valor —contestó el more —: un cofre lleno de perlas y piedras preciosas.

-Pues a toda costa hay que subirlo!

—Yo no bajo —dijo tenazmente el musulmán—. Lo que basta, sobra. Pretender más es avaricia.

Viendo que eran inútiles las órdenes, las amenazas y las súplicas, el alcalde les dijo a sus acompañantes:

-Avudadme a subir el cofre, y nos repartire-

mos su contenido entre nosotros solos.

Y esto diciendo, bajó la escalera, seguido por el alguacil y el peluquero. Y apenas vió el moro que estaba dentro del sótano, apagó la vela y el piso se cerró con el estrépito de costumbre, quedando sepultados en sus entrañas los dos indignos personajes. Diéronse prisa el musulmán y el gallego a subir por la escalera, y no pararon hasta encontrarse al aire libre.

Los dos afortunados socios dividieron amigablemente el tesoro, y vivieron el resto de sus días

en la mayor opulencia,



Se terminó de imprimir en Buenos Aires, en los Talleres Gráficos de la Editorial TOR, el día 9 de junio de 1945.

Printed in Argenting.

Impreso en la Amenifica.



